



# Las trayectorias laborales de jóvenes pobres

*María Eugenia Longo*  
*Universidad del Salvador*

Al igual que otros temas que ocupan progresivamente el interés de políticos y académicos, la relación de los jóvenes con el trabajo fue problematizándose y cobrando relevancia a la luz de las consecuencias negativas que las transformaciones de las últimas décadas tuvieron sobre el empleo juvenil.

De pasar a ser una relación social fundamental y un modo privilegiado de realización personal, el trabajo sometido a la desregulación, la precariedad, la rigidez salarial, la segmentación, o simplemente a su reiterada ausencia para amplios y nuevos grupos, fue debilitándose en tanto institución central de integración a la sociedad y en tanto espacio primordial de identificación personal.

La erosión de las funciones históricas del trabajo ha afectado en particular a los jóvenes, quienes se encuentran en un momento especialmente conflictivo de transición a la vida adulta. En este paso transicional, las instituciones mediadoras de ese pasaje —como la escuela y los primeros empleos— son claves en la definición de los recorridos futuros. Por ello, lo que su debilidad vuelve esencialmente problemática, es la integración social de las nuevas generaciones.

En ese sentido, la comprensión de cómo se está desarrollando actualmente ese “pasaje” de los jóvenes hacia lo laboral (y especialmente el de aquellos que poseen, de entrada, un vínculo más débil

con la sociedad, como son los jóvenes pobres) es importante para intervenir, previniendo o resolviendo los problemas laborales en detrimento de la juventud, que en definitiva alertan sobre los déficit de inclusión de nuestra sociedad.

## La noción de trayectoria laboral

En el análisis de los recorridos laborales de los jóvenes, se han venido barajando diversos conceptos que intentan dar cuenta de dichos caminos. Entre ellos, el concepto de “trayectoria laboral” ha permitido integrar de un modo procesual, dinámico e integral, las diversas actividades, las “idas y venidas”, las estrategias y las coerciones de que están hechas las historias laborales, y nos ha impelido a abandonar esquemas rígidos y reduccionistas.

Este enfoque de las trayectorias laborales juveniles se sostiene sobre varias premisas, entre ellas, la evidencia del alargamiento del período de inserción. La inserción laboral ha dejado de ser un mero acontecimiento reducible al primer trabajo, para convertirse en un largo recorrido, donde la ambigüedad de las prácticas y situaciones de trabajo (o de falta del mismo) obliga a un análisis de carácter longitudinal, y a una búsqueda de interpreta-

ción del sentido dado por los sujetos a sus historias ocupacionales.

Por la combinación de dimensiones implicadas en la noción de trayectoria, el análisis debe dirigirse a la comprensión de la interdependencia de factores y de la articulación de lógicas exógenas y endógenas. Las características de las trayectorias se derivan tanto de factores estructurales del entorno, como la falta de empleo, las políticas de gestión de la mano de obra o los programas dirigidos a los jóvenes, como de factores sociodemográficos y económicos, como la edad, el sexo, la situación familiar, la formación y la calificación, como también de factores estratégicos, como la capacidad de los agentes de tomar decisiones, combinar recursos, o definir su situación. Todas ellas configuran una lógica de desarrollo de los recorridos laborales y sociales en general.

Como puede notarse, las trayectorias implican un complejo mosaico de factores, cuya combinación es personal e histórica. De acuerdo a ello, y tomando los conceptos de Nicole Drancourt, los “itinerarios” laborales, definidos por los acontecimientos sucesivos de un recorrido (situaciones de empleo, desempleo e inactividad, y las características de esas situaciones), están mediados por “lógicas”, es decir, modos de construcción de esos recorridos, que definen el sentido de los itinerarios, y construyen de ese modo trayectorias.

Por eso, cualquier análisis sobre trayectorias debe combinar la lectura de las situaciones (itinerarios) y la comprensión del sentido elaborado por los sujetos para esas diversas situaciones.

Las consecuencias metodológicas de lo anterior, entonces, estriban en la necesidad de abordar este tema mediante aproximaciones cualitativas que apunten a captar las lógicas de construcción de recorridos laborales de jóvenes, y mediante un análisis de las condiciones sociales dentro de las cuales se da ese proceso de

construcción de significados. Las políticas y los programas de intervención en la relación de los jóvenes con el trabajo deben actuar sobre las estructuras y los significados que en conjunto definen las trayectorias.

## **El dramático acontecer de trayectorias laborales de jóvenes pobres**

Las reflexiones de este apartado se basan en la investigación empírica “¿Qué les queda a los jóvenes? Representaciones en torno al trabajo e identidad en jóvenes pobres”, realizada por la autora de este documento durante los años 2002 y 2003.

Actualmente, la incorporación al mundo del trabajo amenaza a los jóvenes más desfavorecidos con una mayor marginación, con una limitación de sus posibilidades de desarrollo personal y, por el fuerte vínculo que el trabajo ha tenido en la adquisición de derechos ciudadanos, también con una exclusión de la ciudadanía.

En ese sentido, centraremos el interés de este escrito en caracterizar las trayectorias laborales de este grupo en particular, que por el débil vínculo que de por sí mantienen con las instituciones y las demás vías de integración social, y por el riesgo social que encarnan para la continuidad y desarrollo de las sociedades, cobran una relevancia mayor en la definición de programas y políticas.

Las trayectorias laborales de los jóvenes pobres parecen tener rasgos comunes que resaltan la pertenencia social de las biografías particulares, y por lo tanto, la imperativa necesidad de dar respuestas sistémicas, que como tales, son atribución de los estados.

Para analizar dichas trayectorias es necesario detenerse en algunos “hitos” que esbozan sutilmente los rumbos futuros,

como lo son el ingreso al mercado de trabajo, las características de los primeros puestos, y las dinámicas, las motivaciones y las relaciones que circunscriben.

La relevancia del primer trabajo de los jóvenes en la vida laboral merece un análisis separado dentro de las observaciones acerca de las trayectorias, debido a que los jóvenes de sectores populares comienzan a trabajar muy tempranamente (las edades del primer trabajo suelen rondar entre los 8 y los 15 años). Si bien han iniciado su trayectoria laboral desde muy pequeños, el registro que tienen de ese inicio suele ser bastante posterior.

La mayoría de los primeros trabajos se da en la forma de trabajador familiar, es decir, vinculados a ocupaciones con parientes, y poseen las mismas condiciones o restricciones (de horarios, de salario, de exigencia y sumisión) a las que están sujetos sus familiares. Estas primeras experiencias laborales suelen ser tareas simples pero de un gran esfuerzo físico, de muchas horas diarias y bajos ingresos. Estas características marcarán también sus trabajos posteriores, pero en este caso, acentúan su visibilidad porque vulneran la situación de niño o adolescente.

A la edad escolar, al inicio del nivel de educación media, o si se quiere, cuando comienzan su adolescencia, los jóvenes pobres suelen estar activos. En este grupo el deber de trabajar parece estar presente con una naturalidad propia de quien saltea una etapa crítica vinculada a la problematización de sí mismo, y a la elección de un camino y una proyección futura. Esa proyección ha sido ligada por múltiples teóricos al período y a la definición de adolescencia y juventud. La moratoria social, asociada por algunos a esta etapa de la vida, no parece existir en todos los estratos sociales por igual. Esta moratoria, período crítico desde el cual proyectarse, se reduce para los jóvenes pobres condicionados por la necesidad de trabajar, la paternidad adolescente, o cor-

tes en la permanencia en el sistema educativo. La reducción de la moratoria social no solamente nos alerta sobre la pérdida de un espacio de búsqueda personal para algunos estratos sociales, sino que también cuestiona las categorías de juventud y adolescencia, sumidas en modelos dominantes de definición. “Hay modelos dominantes de ser joven o de ser adolescente, que tienen por detrás la articulación de estrategias sociales de dominación, que luchan por establecer esos modelos que, en última instancia, funcionan como herramientas de dominación” (Urresti).

Como lo afirman algunos autores, la adolescencia y la juventud son momentos de gran cuestionamiento de los valores y las prácticas heredadas y asumidas hasta el momento, así como también, una etapa en la que la imaginación puede desplegarse al punto de permitir, a los jóvenes de cada generación, diferenciarse de las generaciones precedentes y asumir las innovaciones de su momento histórico. Ambas cosas requieren de un contexto que no limite las formas de expresión, que pueda privar a los jóvenes de una proyección previsible y armónica de sí. “La elección de una ocupación asume una significación que va más allá de la cuestión de la remuneración y del estatus” (Erikson) y que se vincula directamente con la opción por un camino a recorrer que deberá generar satisfacción.

Por otro lado, las motivaciones –de las que dan cuenta los jóvenes– para iniciar la vida laboral entremezclan la *elección* (la búsqueda de independencia, el deseo de trabajar), la *obligación* (por ejemplo, la responsabilidad de una paternidad o maternidad temprana) y la *necesidad* (resultante de necesidades materiales básicas, de la imprescindible ayuda económica para sus familias, o de rupturas familiares que los obligan a abandonar su hogar y a sobrevivir). Las tres parecerían estar presentes al momento de explicar el comienzo de las trayectorias, lo cual

permite descartar aquellos enfoques de políticas que intervienen intentando dar respuesta únicamente a la necesidad material de los jóvenes, sin ninguna consideración por la integralidad y complejidad de situaciones y sujetos.

Asimismo, el análisis de las condiciones objetivas de trabajo nos permite observar que poseen trayectorias caracterizadas por gran cantidad y variedad de trabajos poco calificados y de baja calidad. Aquella típica descripción que suele hacerse del empleo luego de los cambios acaecidos en los últimos treinta años (a saber, la precarización, la flexibilidad, los bajos salarios, etc.) es el retrato más elocuente de la historia ocupacional de la juventud pobre.

Los jóvenes realizan tareas y trabajos de gran diversidad. Los trabajos estables, seguros, con protección –de acuerdo a la legislación protectora– no aparecen ni como huellas pasadas en estos recorridos. Consiguen más bien puestos en negro e informales y con sueldos ínfimos que no cubren las necesidades de la Canasta Básica. Por su parte, la formación de los jóvenes no ayuda, dados los bajos niveles de educación formal y el acceso a circuitos educativos de baja calidad, cuya principal consecuencia negativa es atentar contra su empleabilidad y competitividad en el mercado laboral.

Todas estas características, a su vez, suelen estar acompañadas por una significativa rotación de puestos. La gran cantidad de trabajos es posible a edades tempranas, solamente porque existe un considerable abandono de los mismos. Los empleos suelen ser de corta duración (generalmente de tres, seis, nueve meses, y hasta un año y medio), precisamente por las características precarias de los contratos de trabajo, librados al arbitrio de los empleadores y a las demandas de la producción. Este conjunto de factores pone en evidencia que este tipo de jóvenes –entre otros grupos– son parte de los engranajes

de ajuste del mercado en tiempos en los que el empleo se reduce y se deteriora de forma generalizada.

El problema reside en que la alta rotación no resulta en una ventaja para encontrar empleos que progresivamente vayan mejorando su situación laboral o su empleabilidad. Y en ese sentido, las condensadas trayectorias no terminan siendo búsquedas o soluciones a sus carencias.

Asimismo, las redes familiares y los amigos son el principal recurso a la hora de buscar trabajo, lo cual constituye tanto una ventaja como una desventaja para los jóvenes.

Implica una ventaja en la búsqueda laboral porque la familia es el principal recurso frente a la falta de otros, tales como una formación o calificación adecuada, o un capital cultural, económico y social necesario para volverse competitivo en el mercado de trabajo.

Pero, se convierte en una desventaja, si se considera que las redes de relaciones de estos jóvenes –su capital social– no son amplias sino todo lo contrario. El acceso al empleo y la movilidad individual dependen con frecuencia de la interacción con parientes y amigos en similares situaciones de precariedad, que suponen límites tanto espaciales (no se suele tener información sobre oportunidades laborales en otros lugares ni los medios para aprovecharlas), como límites en términos de ascenso y progreso en la estructura social. Es decir, generalmente no consiguen por medio de sus contactos trabajos de mejor calidad, con beneficios sociales, o mayor estabilidad.

A ello se suma que las relaciones que entablan los jóvenes en el ámbito del trabajo son pocas y no parecen ser demasiado significativas. Frente a un trabajo que se vuelve cada vez más precario e inestable, las relaciones que se establecen a partir de él pierden significatividad. Ello da testimonio de la hipótesis que asevera acerca de la pérdida de un espacio de pertenencia social dentro del trabajo.

Entonces, ¿qué significa la movilidad laboral en estos varones jóvenes pobres? Significa precariedad e inestabilidad, pero también soledad, individualismo, estigma social y una búsqueda de desarrollo personal que se ve frustrada desde el inicio. Sin caer en eternas discusiones acerca de dicho concepto, podría decirse que la situación laboral de los jóvenes puede ser comprendida mediante la noción de “alienación”, entendida como sentimiento de impotencia, de ausencia de significación, de ausencia de normas, de ausencia de realización de sí y de extrañamiento del sujeto respecto a su actividad.

Dentro de este marco los jóvenes pobres deben elaborar la continuidad y el sentido en sus trayectorias.

Cuando los sujetos están menos atados a instituciones que los determinan, o las relaciones con los diferentes marcos de referencia colectivos se vuelven más frágiles, recae sobre ellos mismos la tarea de darle sentido y continuidad a su historia. La capacidad de conceptualizar y significar las diferentes situaciones y los hechos de la propia trayectoria, es una necesidad sobre la cual luego se asienta toda definición presente y proyección futura de sí mismo.

El éxito en esta tarea está dado por la capacidad del sujeto para orientar todos los acontecimientos de su historia de acuerdo a una interpretación que le confiera sentido para sí y para los demás cuando es comunicada. La dificultad para llevar adelante esta elaboración expresa las fracturas e intermitencias con las que se construye la identidad y se avizora el futuro.

El tiempo (como el espacio) es una categoría básica para la identidad por su carácter ordenador, y expresa –en el discurso y más allá de él– el esfuerzo por otorgar un sentido a la propia biografía, por hacer de ella una crónica coherente. Los jóvenes tienen una seria dificultad para hablar de su pasado (y también para plantearse un futuro). La misma reside en la

imposibilidad de hacer una lectura de sí mismos, siguiendo un encadenamiento de hechos que unifique la propia biografía otorgándole una significación. La elaboración de un hilo de continuidad sirve para generar cierta certidumbre moral que alimenta la confianza básica que una persona necesita para sentir que tiene el control de su existencia, y para reducir la ansiedad que genera el mundo social siempre contingente.

En este marco emergen además representaciones sociales del trabajo que resaltan la complejidad simbólica del mismo. El trabajo es definido por los jóvenes de un modo multidimensional que contiene en sí, y al mismo tiempo, dimensiones contradictorias y complementarias: una dimensión alienante, una dimensión de realización personal, una dimensión instrumental, una dimensión de reconocimiento y de estigmatización social, así como también una dimensión de posibilidad.

Junto al mandato que empuja a trabajar tempranamente, el trabajar en sí mismo tiene una importancia nuclear. El trabajo es visto como esencia, como una necesidad intrínseca, como una forma de realización personal indiscutible. No caben dudas de que el trabajo es muy importante en la vida de estos jóvenes. El trabajo, a pesar del desgaste o la precariedad, les permite sentirse vivos y participar –aunque sea marginalmente– de la sociedad.

La sensación resultante de analizar las trayectorias laborales de los jóvenes pobres es, como diría Castel, la de la “precariedad como destino”. “Cuando se habla del descrédito del trabajo entre las nuevas generaciones, y en el cual hay quienes ven el signo feliz de una salida de la civilización del trabajo, debe tenerse presente esta realidad objetiva del mercado del empleo. ¿Cómo cercar estas situaciones y ligar un proyecto a estas trayectorias? (...) Lo que se rechaza no es tanto el trabajo sino un tipo de empleo discontinuo

y literalmente insignificante, que no puede servir de base para la proyección de un futuro manejable. Esta manera de habitar el mundo social impone estrategias de sobrevivencia basadas en el presente. A partir de allí se desarrolla una cultura que, según la atinada expresión de Laurence Rouleau–Berger, es una cultura de lo aleatorio”.

## Propuestas para la acción

La descripción precedente no deja de provocar la pregunta acerca del tipo de socialización del trabajo en la que están inmersos los jóvenes pobres, que en pocas palabras, puede resumirse como la de la inestabilidad, el cambio constante, la precariedad, la falta de derechos y, frente a todo esto, la opción resignadamente individual de cambiar su suerte.

Sobre la base de esta descripción –producto de la evidencia empírica– se propone discutir el marco de cualquier política que apunte a la intervención en el proceso de inclusión laboral de los jóvenes pobres, que por supuesto, poco éxito puede tener de la mano de políticas que no revierten el contexto generalizado de desigualdad. Aún así es posible enumerar una serie de ítems pasibles de ser tomados en consideración en cualquier intervención.

- Atendiendo la integralidad del joven, es necesario promover espacios organizados de participación en los que los jóvenes debatan acerca de su vocación y reflexionen acerca de su proyecto de vida (para contrarrestar la lógica social que los compele a no hacerlo). Se debe procurar fortalecer la capacidad de elección y autodeterminación, así como también desnaturalizar su condición social, para que el reconocimiento de las limitaciones de su situación se dé en el marco de una ruptura del de-

terminismo (que suele encerrar a ciertos grupos en un futuro diseñado y programado por otros: sociedad, Estado, medios, etc.). A pesar de la evidencia acerca del carácter complejo de las representaciones sociales en torno al trabajo, la vocación no suele discutirse para el caso de los jóvenes con menores oportunidades, como si las dimensiones expresivas y de realización personal del trabajo no fueran necesarias ni estuvieran presentes en situaciones de pobreza y marginalidad. De ahí surge la necesidad de generar espacios de discusión en los que sea posible la articulación entre capacidades y oportunidades, en el marco de una trayectoria entendida como un proceso continuo de construcción.

- Dada la importancia del primer trabajo dentro de la trayectoria laboral, cualquier intervención debe fluctuar entre: a) retrasar –en la medida de lo posible– una entrada prematura del joven al mundo laboral (por carecer de formación, competencias y recursos que le permitan competir en pie de igualdad en el mercado de trabajo); b) aprovechar los primeros empleos como recursos educativos y para la generación de experiencia; y c) mejorar la situación ocupacional (mediante legislación protectora de derechos laborales, sociales y políticos) para el caso de aquellos que ya están insertos.
- El problema de que los jóvenes pobres adhieran a un paradigma laboral fuera de época (por las competencias y destrezas que desarrollan), o que se inserten en trabajos de baja calidad y de baja competitividad en los cuales no logran entrenarse ni alcanzar un aprendizaje de las nuevas habilidades demandadas por el mercado de trabajo, los aleja aún más del resto de los jóvenes de su

generación, que sí logran asumir las tendencias tecnológicas y económicas innovadoras. Con relación a ello, es apremiante que para los jóvenes más vulnerables, exista en cualquier ambiente de trabajo una experiencia de formación, capacitación y adquisición de competencias que tienda a nivelar la falta de acreditaciones y recursos educativos (capital humano) a los cuales estos jóvenes no tuvieron acceso. Para ello, y tal como lo menciona Claudia Jacinto, es necesario estimular la posibilidad de múltiples circuitos de aprendizaje que ofrezcan alternativas flexibles de formación en combinación con experiencias de trabajo.

- Frente a trayectorias signadas por múltiples rupturas, son necesarias acciones que apunten a reconstruir procesos de continuidad, con el fin de generar bases de seguridad y estabilidad que contrarresten la inestabilidad y la alta rotación por la que pululan los jóvenes sin ninguna acumulación de recursos educativos y sociales, competencias y capital social que les ayuden a superar su adscripción a la pobreza. Por ello, aquellas acciones que únicamente apuntan a acercar a los jóvenes a puestos de trabajo sin asegurar continuidad en la ocupación, quedan trucas en el intento de generar bases sólidas para el desenvolvimiento futuro.
- El tipo de trayectorias como las descriptas, dan cuenta de la desestruc-

turación de lo social y la crisis de los referentes e instituciones colectivas. Por ello, resulta imperante la comunidad de esfuerzos y la diversidad de actores que impulsen la participación de múltiples agentes en la formulación e implementación de las intervenciones. Se debe apostar a la intersectorialidad, a la participación de la comunidad, las instituciones educativas, las organizaciones no gubernamentales y las empresas, y estimular la generación de redes sociales que amplíen el tipo y cuantía de capital social de los jóvenes. En ese sentido, deben privilegiarse estrategias que afiancen los vínculos interclase de los jóvenes, dado que, como hemos visto, la participación laboral de los jóvenes está íntimamente asociada a la integración social.

Para concluir, toda política dirigida a aumentar las oportunidades laborales de los jóvenes pobres, no puede obviar una mirada integral del joven y su contexto social. Ambos están mediatizados por arbitrajes individuales y por coerciones del entorno. La intervención dirigida a este grupo de población es urgente debido a que, por la importancia que el trabajo ha tenido históricamente en términos de integración social, en las condiciones actuales la descalificación laboral conduce a un desconocimiento en otros planos, como el cívico o el político, y expresa, en definitiva, un déficit en la estructura social que afecta a toda la sociedad.

